

De los creadores de «THE BRIDGE», llega la serie que acelerará tu pulso

CRÍMENES DUPLICADOS

HJORTH & ROSENFELDT

 Planeta

BERGMAN

SERIE

MICHAEL HJORTH & HANS ROSENFELDT

CRÍMENES DUPLICADOS

Traducción de
Claudia Conde

Título original: *Lärjungan*

© Michael Hjorth & Hans Rosenfeldt, 2011

© por la traducción, Claudia Conde, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2016

ISBN: 978-84-08-15962-9

Depósito legal: B. 13.568-2016

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Gráficas Estella

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Cuando el taxi giró por Tolléns Väg, poco antes de las siete y media de la tarde, Richard Granlund no creía que la jornada pudiera empeorar mucho más. Había pasado cuatro días en Múnich y sus alrededores en viaje de negocios, con clientes alemanes que en pleno mes de julio trabajaban más o menos como siempre. Reuniones de la mañana a la noche. Fábricas, salas de conferencias y una sucesión interminable de tazas de café. Estaba cansado pero satisfecho. Las cintas transportadoras e industriales no eran quizá lo más seductor del mundo; su trabajo casi nunca despertaba curiosidad, ni solía ser tema de conversación en las sobremesas y en los encuentros informales, pero se vendían bien. Las cintas. Se vendían muy bien.

La salida de Múnich estaba prevista a las nueve y cinco. Tenía pensado llegar a Estocolmo a las once y veinte. Iría un momento a la oficina para organizar un par de cosas y estaría en casa sobre la una. Comería tarde con Katharina y pasaría el resto del día con ella, en el jardín. Ése era su plan.

Hasta que se enteró de que el vuelo de las nueve y cinco se había cancelado. Se puso a la cola del mostrador de Lufthansa y consiguió una plaza para el vuelo de la una y cinco. Cuatro horas en el aeropuerto Franz Josef Strauss. Para morir de risa. Con un suspiro de resignación, sacó el teléfono y le envió un SMS a Katharina. Que no lo esperara para comer. Con suerte, aún podrían pasar unas horas juntos en el jardín. Le preguntó cómo estaba el tiempo y si le apetecía tomar una copa en la terraza por la noche. Se ofreció para comprar alguna bebida en el aeropuerto, ya que no tenía nada más que hacer.

Katharina le contestó enseguida. Una pena lo del retraso. Lo echaba de menos. En Estocolmo hacía un tiempo ideal, así que la copa en

la terraza era una idea fantástica. Que comprara algo, sí, pero que fuera una sorpresa. Besos.

Richard entró en una de las tiendas que aún se promocionaban como «libres de impuestos», aunque sabía perfectamente que esa ventaja ya no era un reclamo para la mayoría de los viajeros. Buscó la estantería de los combinados y eligió una botella que había visto en un anuncio de televisión. Mojito Classic.

De camino hacia el quiosco de prensa, comprobó el estado de su vuelo en el panel de salidas. Puerta 26. Calculó que necesitaba diez minutos para llegar.

Pidió un café y un sándwich, y se sentó a leer el último número de la revista *Gardens Illustrated*, que acababa de comprar. El tiempo pasaba con una lentitud exasperante. Estuvo un rato mirando los escaparates de las tiendas del aeropuerto, compró otra revista, esta vez de electrónica y ordenadores, se sentó a la mesa de otro bar y bebió una botella pequeña de agua mineral. Tras una visita a los lavabos, llegó por fin la hora de dirigirse a la puerta de embarque, donde lo esperaba otra sorpresa. El vuelo de la una y cinco se retrasaba. La nueva hora de embarque era las dos menos veinte, con salida prevista a las dos. Volvió a coger el teléfono para informar a Katharina de la nueva demora y dar rienda suelta a su indignación contra la aviación en general y contra Lufthansa en particular. Buscó un asiento libre y se sentó. No recibió ningún mensaje de respuesta.

Llamó.

No se lo cogió.

Era posible que Katharina hubiera quedado para comer con alguien en el centro. Se guardó el móvil en el bolsillo y cerró los ojos. Era mejor no dejarse llevar por la irritación, porque de todos modos no podía hacer nada.

A las dos menos cuarto, la joven del mostrador le dio la bienvenida y se disculpó por el retraso. Cuando todos ocuparon sus asientos y el personal acabó de repasar de modo rutinario las instrucciones de seguridad, se oyó la voz del capitán. Una de las luces indicadoras no se encendía. Probablemente era un fallo sin importancia de la propia bombilla, pero no podían arriesgarse. Habían llamado a un técnico para que hiciera las comprobaciones necesarias. El capitán se discul-

pó y agradeció a los viajeros su comprensión. El calor en el interior del avión no tardó en volverse insoportable. Richard notó que cuanto más se le empapaba la camisa en la espalda y las axilas, más rápidamente se esfumaban su ecuanimidad y su relativo buen humor. Volvió a hablarles el capitán. Una buena noticia: habían reparado el fallo. Una noticia menos buena: habían perdido el turno asignado para el despegue y tendrían que esperar a que salieran otros nueve aviones. Pero, en cuanto fuera posible, despegarían con rumbo a Estocolmo.

El capitán volvió a pedirles disculpas.

A las cinco y veinte aterrizaron en el aeropuerto de Arlanda.

Con dos horas y diez minutos de retraso.

O seis horas, según se mirara.

De camino hacia la zona de recogida de equipajes, Richard volvió a llamar a su casa. No obtuvo respuesta. Llamó al móvil de Katharina. Después de cinco tonos, saltó el buzón de voz. Debía de estar en el jardín y no oíría el teléfono. Richard llegó al espacio diáfano donde se alineaban las cintas para la recogida de los equipajes. Según el monitor de la cinta número tres, faltaban ocho minutos para que empezaran a salir las maletas del vuelo LH2416.

Pasaron doce minutos.

Y otros quince más, hasta que Richard se convenció de que su maleta no iba a aparecer.

Una nueva espera y otra cola delante del mostrador de Lufthansa, para denunciar la pérdida. Tras entregar el resguardo del equipaje, indicar su dirección y describir lo mejor que pudo el aspecto de su maleta, Richard salió al vestíbulo de las llegadas y se dispuso a coger un taxi. El calor lo abrumó nada más salir de la puerta giratoria. Realmente era verano. Les esperaba una noche muy agradable. Notó que la sola idea de beber ron en la terraza, disfrutando de un interminable crepúsculo veraniego, le hacía recuperar el buen humor. Se puso a la cola para coger un taxi. Mientras pasaban junto al pueblo de Arlanda, el conductor lo informó de que el tráfico en Estocolmo había sido endiablado durante todo el día. Un auténtico infierno. Cuando se lo contaba, redujo la velocidad a unos cincuenta kilómetros por hora al mismo tiempo que se sumaba a la larga fila de vehículos que bajaban hacia el sur por la E-4.

Por eso, cuando el taxi giró por Tolléns Väg, Richard Granlund no creía que la jornada pudiera empeorar.

Pagó con tarjeta, atravesó el cuidado jardín florido, y apoyó el maletín y la bolsa de papel delante de la puerta de su casa.

—¡Hola!

No hubo respuesta. Se quitó los zapatos y fue a la cocina. Echó una mirada por la ventana para ver si Katharina se encontraba fuera, pero el jardín estaba desierto, lo mismo que la cocina. Tampoco vio ninguna nota en el lugar donde ella normalmente la habría dejado. Sacó el teléfono del bolsillo y lo miró. No tenía mensajes ni llamadas perdidas. Hacía un calor sofocante en la casa. El sol brillaba cerca del horizonte, pero Katharina no había bajado el toldo. Richard abrió la puerta de la terraza y la aseguró contra la fachada, para que no se cerrara. Después subió la escalera, para darse una ducha y cambiarse de ropa. Se sentía sucio y sudoroso hasta en los calzoncillos. Se quitó la corbata y empezó a desabotonarse la camisa mientras subía los peldaños, pero se le congeló el movimiento al llegar al dormitorio. Katharina estaba tendida en la cama. Fue lo primero que notó. A esa primera impresión la siguieron rápidamente otras tres.

Estaba tumbada boca abajo.

Estaba atada.

Estaba muerta.

El vagón del metro se sacudió por culpa de un frenazo. Una madre con un cochecito de bebé, justo delante de Sebastian Bergman, se agarró más fuerte a la barra y miró con nerviosismo a su alrededor. Estaba tensa desde que había subido en Sankt Eriksplan y, a pesar de que el niño había dejado de llorar y se había quedado dormido al cabo de un par de estaciones, no parecía más serena. Era evidente que no le gustaba viajar apretujada entre tantos desconocidos. Sebastian lo notaba en varios detalles: el movimiento constante de los pies, en un claro intento por mantener un mínimo espacio privado; el sudor que le perlaba el labio superior; y la mirada alerta, que no se detenía en ningún sitio y no dejaba de recorrer la escena, atenta e inquieta. Sebastian también miró a su alrededor en el tren atestado que acababa de frenar con un chirrido metálico y que se había quedado parado una vez más en medio de un túnel, poco después de salir de Hötorget. Tras un paréntesis de varios minutos en la oscuridad, el tren volvió a rodar lentamente en dirección a T-Centralen. Normalmente, Sebastian no cogía el metro y menos aún en hora punta o en temporada turística. Lo encontraba demasiado incómodo y embarullado. No habría sido capaz de acostumbrarse a la proximidad de la masa humana con sus olores y sus ruidos. Cuando no podía ir andando a algún sitio, iba en taxi. Prefería mantenerse apartado de la gente, quedarse fuera. Al menos así había sido antes. Pero ya nada era como antes.

Nada.

Sebastian se inclinó hacia la puerta del final del vagón y echó un vistazo al vagón vecino. A través del ventanuco la vio a ella: el pelo rubio y la cabeza gacha, leyendo un periódico. Sintió que al verla esbozaba una sonrisa.

Ella se bajó como siempre en T-Centralen para cambiar de tren, y

descendió a paso rápido la escalera de piedra hacia los andenes de la línea roja. Era sencillo seguirla. Bastaba mantener la distancia para confundirse con la marea de usuarios habituales y de turistas armados con planos desplegados.

Por eso mantenía la distancia.

No quería perderla de vista.

Pero tampoco quería dejarse ver.

Era un equilibrio delicado que empezaba a dominar.

Cuando doce minutos después el metro de la línea roja entró en tromba en la estación de Gärdet, Sebastian esperó un momento antes de salir del vagón azul. En ese punto tenía que ser más precavido. Había menos movimiento en el andén, porque la mayoría de los pasajeros se habían bajado en la estación anterior. Sebastian viajaba un vagón por delante de donde estaba ella, para quedar a su espalda al salir. Cuando volvió a verla, observó que había acelerado considerablemente el paso y que ya iba por la mitad de la escalera mecánica. La mujer del cochecito también se había bajado en Gärdet, por lo que Sebastian se situó tras ella con la intención de camuflarse si la chica que estaba siguiendo se volvía por alguna razón. La mujer empujaba sin prisa el cochecito, quizá para distanciarse lo más posible de la gente que se dirigía hacia la escalera mecánica y no tener que sufrir más empujones. Mientras seguía a la madre con el bebé, Sebastian se dio cuenta de lo mucho que se parecía a esa mujer.

Dos personas empeñadas en mantener siempre las distancias.

Una mujer muerta en su domicilio.

Habitualmente, no era motivo suficiente para llamar a la Unidad de Homicidios, el equipo especial de Torkel Höglund.

Por lo general, era el trágico final de una discusión familiar, un conflicto por la custodia de los niños, una explosión de celos o una noche de juerga con una compañía poco recomendable.

En la policía todos sabían que, cuando encontraban una mujer asesinada en su casa, el culpable solía ser uno de sus allegados más próximos. Por eso no era raro que a Stina Kaupin le pasara por la mente la idea de estar hablando con el asesino cuando recibió la denuncia en el 112, poco después de las ocho.

—Urgencias 112. Dígame...

—Mi mujer está muerta.

No fue fácil entender el resto de la declaración. El horror y la desolación empañaban la voz del hombre. Hacía unas pausas tan largas que Stina llegó a pensar varias veces que había colgado, aunque enseguida notaba que sólo estaba intentando controlar la respiración, que se le había desbocado. Tuvo que insistirle mucho para que le diera una dirección. El hombre al teléfono no hacía más que repetir que su mujer estaba muerta y que había mucha sangre. Sangre por todas partes. ¿Podía acudir alguien? Por favor... Stina compuso mentalmente la imagen de un hombre de mediana edad con las manos ensangrentadas, que poco a poco empezaba a asimilar la gravedad de lo que acababa de hacer. Tras mucha insistencia, consiguió una dirección en la zona de Tumba y le pidió al denunciante (y posible homicida) que se quedara donde estaba y que no tocara nada en la casa. De inmediato le enviaría un coche patrulla y una ambulancia. Colgó y le pasó el caso a la policía de Södertörn, en

Huddinge, que a su vez se ocupó de enviar un par de agentes al lugar de los hechos.

Erik Lindman y Fabian Holst se estaban terminando el sándwich de la tarde, sentados en el coche de policía, cuando recibieron la orden de dirigirse de inmediato al número 19 de Tolléns Väg.

Diez minutos después estaban allí. Se apearon del vehículo y observaron la casa. Ninguno de los dos sentía especial interés por el arte de la jardinería, pero enseguida notaron que alguien debía de haber dedicado cantidades ingentes de dinero y de tiempo para conseguir el verdor florido cercano a la perfección que rodeaba la casa de madera amarilla.

Cuando iban por la mitad del sendero del jardín, se abrió la puerta. Por acto reflejo, los dos se llevaron una mano a la funda que tenían colgada de la cadera izquierda. En la puerta apareció un hombre con la camisa desabrochada, que, con una expresión enajenada y los ojos desorbitados, les dijo a los agentes uniformados:

—No hace falta ninguna ambulancia.

Los dos policías intercambiaron una mirada rápida. Era evidente que el hombre de la puerta se encontraba en estado de *shock*, por lo que existía la posibilidad de que su comportamiento fuera imprevisible y ajeno a toda lógica. Parecía abrumado e incapaz de actuar, pero los agentes no pensaban correr ningún riesgo. Lindman siguió avanzando mientras Holst se quedaba rezagado, sin apartar la mano del arma reglamentaria.

—¿Richard Granlund? —preguntó Lindman, dando los últimos pasos hacia el hombre, que continuaba con la mirada fija en algún punto lejano detrás del policía.

—No hace falta ninguna ambulancia —repitió el hombre en tono monocorde—. La mujer del teléfono me ha dicho que iba a enviar una ambulancia. Pero no hace falta. Se me ha olvidado decírselo...

Lindman ya estaba delante de él. Le apoyó suavemente una mano sobre el brazo, y el contacto físico hizo que el hombre se sobresaltara y se volviera hacia el agente. Se lo quedó mirando embobado, como si viera al policía por primera vez y se asombrara de que hubiera podido acercarse tanto.

No tenía sangre en las manos ni en la ropa, observó Lindman.

—¿Richard Granlund?

El hombre asintió.

—He llegado a casa y me la he encontrado...

—¿De dónde venía?

—¿Qué?

—¿De dónde venía? ¿Dónde había estado?

Quizá no fuera el mejor momento para interrogar a un hombre en tal estado de conmoción, pero podía ser útil comparar la información conseguida en un primer contacto con la que se recabara en posteriores interrogatorios.

—De Alemania. Por trabajo. Mi vuelo se ha retrasado. O, mejor dicho, primero lo han cancelado y después se han retrasado. Y yo he tardado todavía más por culpa de la maleta...

El hombre se calló. Parecía como si de repente se le hubiera ocurrido una idea o hubiera visto algo que hasta ese momento no le había llamado la atención. Miró a Lindman con una lucidez que antes estaba ausente de su rostro.

—¿Podría haberla salvado? ¿Estaría viva si hubiera llegado a mi hora?

Cuando moría alguien era natural pensar en lo que habría podido ocurrir si las cosas se hubieran desarrollado de otra manera. Lindman había oído muchas veces ese tipo de especulaciones. En varios de los casos en los que había participado, habían muerto personas sólo por encontrarse en un mal lugar en un mal momento. Quizá habían salido a la calle en el momento exacto para cruzarse con un borracho al volante, o habían dormido en la caravana precisamente el día en que la bombona de butano había empezado a perder gas, o habían atravesado las vías justo cuando llegaba el tren. Tuberías que se desprendían, hombres violentos que actuaban bajo el efecto de las drogas, coches que circulaban en dirección contraria... Casualidades, coincidencias... Unas llaves olvidadas en casa podrían haber retrasado a la víctima el tiempo necesario para hacerla llegar al paso a nivel unos minutos más tarde que el tren. Un vuelo cancelado podía ser la causa de que una mujer se quedara sola en casa el tiempo suficiente para que un asesino acabara con su vida. ¿Cómo no pensar en lo que habría podido pasar si todo hubiera transcurrido de otra manera?

Era habitual hacerse ese tipo de preguntas cuando alguien había muerto.

Pero era imposible responderlas.

—¿Dónde está su mujer, Richard? —preguntó Lindman con voz serena, en lugar de contestar.

El hombre aturdido pareció reflexionar. La pregunta lo obligaba a apartar de la mente los incidentes del viaje de regreso y la eventual culpabilidad que de repente parecía atormentarlo, para concentrarse en lo que sucedía en ese instante en su casa. En lo peor.

En la tragedia que no había podido impedir.

Al final, consiguió responder.

—Arriba.

Hizo un gesto sesgado hacia atrás y rompió a llorar. Lindman le indicó a su colega que subiera a la planta superior mientras él entraba en la casa con el hombre, que había empezado a llorar. Nunca es posible estar seguro del todo, pero Lindman tuvo la sensación de que el hombre al que había pasado un brazo por los hombros, para acompañarlo a la cocina, no era ningún asesino.

Al pie de la escalera, Holst desenfundó el arma sin apartarla del muslo. Si el hombre destrozado del que se estaba ocupando su colega no era el criminal, entonces existía una pequeña probabilidad de que el asesino —o la asesina, aunque era poco habitual que fuera una mujer— se encontrara todavía en la casa. En el piso de arriba había un pequeño cuarto de estar, con tragaluces en el techo, un sofá de dos plazas, un televisor y un reproductor de Blu-ray. Estanterías en las paredes repletas de libros y películas. Cuatro puertas, dos abiertas y dos cerradas. Desde la escalera, Holst vio las piernas de la mujer muerta en el dormitorio. Estaba en la cama. Por lo tanto, había que informar a la Unidad de Homicidios. Lo pensó mientras entraba en la otra habitación que tenía la puerta abierta. Era un estudio y estaba vacío. Las dos puertas cerradas correspondían a un cuarto de baño y un vestidor. Los examinó desde fuera.

Hacía unas semanas había circulado un aviso de la Unidad de Homicidios que instaba a todos los efectivos a informar de los casos con víctimas mortales que cumplieran determinados criterios:

Víctima hallada en su dormitorio.

Atada.

Degollada.